

LA MUERTE: INSTRUCCIONES PARA MONTARLA

Ahora que las ves ahí contra la pared, descansando de su rodar continuo, recuerda: para montar la bicicleta de La Vida o de La Muerte no tienes por qué saber que la primera la inventó el barón alemán Karl Von Drais en 1818. Ni que cada una de ellas son de lo más normales: su correspondiente cuadro, sus horquillas, las ruedas (dos para ser exactos), sus frenos para evitar el derrape continuo en el Más Allá y el sillín, tan habitual para no sufrir daños inapropiados. No, eso no es lo importante. Ellas no pueden reducirse a la simple mecánica. Lo que pesa por encima de todo es que están ahí, una junto a la otra. Que una es la bicicleta de La Vida; la otra, la de La Muerte. Pura metafísica rodante. Y que si quieres coger una de ellas debes acercarte disimulando, como quien no quiere la cosa. Procura no despertar en ellas el recelo. Sería bueno silbar alguna melodía y andar con las manos en los bolsillos, no muy aprisa. Quizás detenerte a su lado, no demasiado cerca, y poner el oído, saber qué dicen, sus inquietudes. Puede que escuches frases trascendentes. Y no deberías extrañarte si en una de esas critican a sus respectivos propietarios; no debe ser placentero soportar el peso de La Vida y de La Muerte día tras día, con sus penas y sus pasajeros numerosos.

Todo es un estado transitorio. La Vida sabe que La Muerte la hace grande. La Muerte recoge en su bicicleta las almas que se han completado su ciclo. Solo se muere una vez. Para subir a una de ellas camina a pasos lentos, mide el espacio. No te abalances sin más. Ves de aquí a allá y bajo ningún concepto pongas la directa, anda en zigzag. Revolotea. Eso, alrededor de las bicis. Pon uno de tus pies en el borde de la acera, cerca de sus manillares, agáchate, abróchate los zapatos, sigue silbando pese a todo, ni siquiera las mires. Si ves que paran sus chismorreos no te muevas ni un milímetro. No sería la primera vez que han huido a cincuenta por hora al ver demasiado cerca las posaderas del que las pretendía. Sus asientos no están hechos para simples mortales. ¿Te has parado a preguntarte qué diría La Muerte si se queda sin su medio de transporte? No le falta trabajo. No es sencillo llevar almas, no creas. Porque pesan. No son humo. ¿Son intangibles? Sí, pero todas acumulan el paso del tiempo. Y experiencias

y vida. Y claro, puedes renunciar. Obvio. Si no te ves con fuerzas, abandona. Es inútil que te esfuerces si en tu ánimo no está la voluntad de montarlas y ser Mensajero.

Y si has seguido las instrucciones es posible que me digas que las escuchas hablar y que comprendes lo que dicen, y que están cuchicheándose la una a la otra que ahora están solas y que sus dueños las han dejado porque han ido a tomarse algo al Bar Paraíso. Que ellos están limando asperezas -porque La Muerte no soporta a La Vida, y al revés-, y es cuando deben escapar y poner ruedas en polvorosa. Normal, las pobres deben tener los amortiguadores destrozados de tanto viaje estelar. Bien, que no cunda el pánico. Según lo confesado es factible que sus propietarios sean pareja. ¿No? La Muerte siempre reprochándole a La Vida esos trajes tan blancos que elige para desarrollar su tarea. ¿Tampoco estarán tan mal si están bajo el mismo techo?, te preguntarás. Pero claro, si me dices que su conversación va acompañada de un quejido metálico, como si fuese un crujir de varilla, entonces es para estar intranquilo. Es probable que sus dueños todavía no se hayan ido a vivir juntos y estén planteando una reforma para entrar en el piso. O que vivan juntos pero que una duerma en el trastero y otra en el balcón. Y ahí es cuando hay que temerlas, porque para ellas lo mejor es que no estuviesen discutiendo todo el día. Sí, ahí es cuando tu atar de zapatos y el silbar en los labios debe acompañarse de un repliegue. Si pretendemos poner el trasero en el sillín de alguna de ellas y son de espíritu rebelde, lo tenemos mal. Debes hacer como que te alejas porque te has olvidado algo. Dar la vuelta a la manzana y sorprenderlas por detrás. Si te das cuenta la de la derecha parece molesta, con su manillar ladeado; la otra, en cambio, debe tratar de convencerla. Ello nos deja el punto ciego exactamente al sureste. Por ahí es por donde debes arriesgarte.

Mientras caminas y rodeas el objetivo, deja que te cuente cómo tienes que hacer: es frecuente en los novatos entrar en su espacio a lo bruto, poner el pie en el pedal y sentarse sin más; luego el otro pie en el otro y mover las piernas sin descanso, una detrás de la otra. Es un error. En este caso deberías agarrar una de ellas por el sillín con una mano. Luego cogerla bien del cuadro con la otra. Y si se encabrita –es lo habitual al verse sorprendida– aplica tu fuerza y domínala, dile al manillar que no quieres hacer daño, que eres consciente del sufrimiento que podrías infundir y que tan solo la necesitas para ir unas calles más abajo. En el convencimiento de la máquina está la

victoria. Entre tu fuerza demostrada y las buenas palabras debería ceder. En el peor de los casos puedes encontrarte con una respuesta violenta y con la cox respectiva de la rueda trasera en las partes más nobles de tu constitución. Debes estar preparado si La Muerte sale del bar al escuchar la pelea. Tienes que hacer frente a las consecuencias. En eso ya no puedo aleccionarte. Son los riesgos que conlleva todo secuestro. Y debes pedirle permiso para montarla, decirle: “Perdone, ¿le importaría que desplace mis posaderas a su sillín? No se preocupe mis pantalones son de seda, no peso demasiado, sesenta quilos como mucho”. Y corta la cadena que les une, es de esas modernas. Tranquilo, la bicicleta de La Muerte está acostumbrada a los gritos y los brazos cruzados, y será la que menos se resistirá.

No me valen excusas. Que ahora tú me digas que has seguido las instrucciones al dedillo y que tienes convencida a la presa pero que la bicicleta de La Vida se te ha puesto a llorar desconsolada, perdiendo su líquido de frenos a toda pastilla, herida, angustiada, y que lo mejor sería llevártela también, que tienes una excelente terraza y que has hablado con ellas y que están de acuerdo siempre y cuando compartan el mismo espacio... Eso ya es tarea tuya. Yo te he dado las instrucciones. Te aconsejo optar por una; las dos son mucho jaleo. Es un follón eso de traer y llevar gente arriba y abajo. Simplemente eso. ¿Qué si soy la propietaria de ellas? Qué cosas. Bajo ningún concepto. ¡Llévatelas! Yo me ocupo de otras tareas, me llaman Esperanza. Aquí cada uno tiene su tarea encomendada. Y ya me contarás si puedes dormir por la noche cuando la luna esté en su máximo esplendor y comiencen con eso de que tienen una misión que cumplir. La Vida siempre trayendo sus retoños a este mundo; La Muerte, llevándose los alientos que han completado su ciclo a ese más allá de nubes negras. Punto final del Cosmos.

Ahora bien: elije bien. Si te decides por la bicicleta de La Muerte que sepas que tendrás que desarrollar una tarea titánica. Mucho más compleja que la de La Vida, donde todos vienen a este lugar con una sonrisa en los labios y el ansia por experimentar el aire y la luz del sol. Pero a los que La Muerte se lleva hay que darles la mano, abrazarles, decirles que estás ahí para provocar el tránsito. Que de la misma manera que una bici les trajo, una bici se los lleva. Y que rodarán por la inmensidad de las estrellas, que traspasarán confines repletos de supernovas. Hasta llegar al lugar. Recuerda: La Muerte es el comienzo de la Inmortalidad. Ahí está tu baza. Lo dices y ya verás cómo las

bocas mustias cambian a sonrisas. Mientras dure el viaje, recordarán todo lo que han vivido. Imprimirán en su memoria los instantes más dulces de su vida pasada. Porque sí, en ese momento serás La Muerte y tendrás que hacerte la fuerte y conseguir que pasen la puerta del Otro Lado. No pueden volver atrás, cuidado. Que no se te escapen. Que entonces tenemos el lío montado. Y no se puede aspirar a una tarea tan bella, créeme. La Muerte desgasta, pero recuerda que eres el único consuelo para esas almas. Y no te preocupes si tu cuerpo se queda enclenque, y sobresale el esqueleto: es normal. Que ahí arriba todo tiene su ceremonia. La Vida propone. La Muerte dispone. Y la bicicleta mueve con sus ruedas El Mundo. No te olvides nunca de eso. ¿Qué cual es mi papel? Pues motivar a los hombres. Soy *coach*, si eso te sirve: el impulso de todo aquel que viene al mundo por primera vez. Esperanza. Hasta que me canso de serlo, vamos. Pero eso es otra historia. ¿Ya te has decidido?